



ARTE

JORGE MAJFUD

EL NAUFRAGIO DEL FACTOR HUMANO

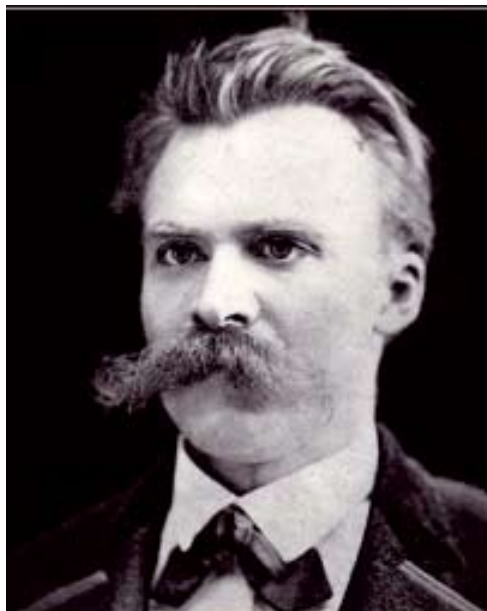
HUMANISMO Y ANTIHUMANISMO

Nuestro tiempo es testigo de una lucha que es, a un mismo tiempo, clara en sus definiciones y turbia en sus procedimientos. Después de un breve momento de excesivo esplendor, el existencialismo cayó en la miseria del descrédito y el olvido. A pesar de su sospechosa frivolidad parisiense, podemos reconocer que fue el último proyecto del humanismo. Pronto, en los años sesenta, otros franceses –Lévi-Strauss, Michael Foucault, Louis Althusser, Jacques Derrida– se encargarían de darle el golpe de gracia, reestableciendo y profundizando una corriente del pensamiento antihumanista que dura hasta nuestros días con sus estratégicas variaciones. Como siempre, el marxismo servirá para múltiples propósitos: si en Sartre potenciaba y daba sentido a un pensamiento humanista de la dinámica de las sociedades: el sujeto, el individuo no existe.

Entiendo que el mayor mérito de este pensamiento es la destrucción de los mitos sociales como los de libertad, individuo y progreso. Pero el antihumanismo no es sólo materialista. Según Frederic Jameson¹ y Jacques Lacan², el hombre es un esclavo del lenguaje y, por lo tanto, no es el creador de sus propios pensamientos. También un “anti-estructuralista” como Jacques Derrida es, igual que sus adversarios, un antihumanista: la diferencia fundamental entre Derrida y sus antecesores consiste en responder a la cuestión central de Jorge Luis Borges: ¿es el Universo un caos o un laberinto? Si es un laberinto hay, aunque oculta, una jerarquía. Este orden o desorden está referido a las relaciones simbólicas³. Derrida reconoce en Nietzsche a su precursor. Madame Sarup advierte una línea desde Nietzsche hasta Derrida que tiende, no sin paradojas, al *abandono del sujeto humano como objeto del pensamiento*⁴. Antes de la Teoría de la Relatividad en las ciencias, Nietzsche había negado la posibilidad de un punto de vista privilegiado, la existencia de un mundo único, visto desde diferentes contextos culturales. No; sólo hay perspectivas y ninguna es definitiva. Como lo sugirieron los sofistas y quiso negarlo Sócrates y la tradición racionalista, no hay posibilidad de escapar a los límites del lenguaje; el pensamiento está basado y

limitado por el instrumento retórico que pretende expresarlo.

Ahora, notemos que el abuso de nuestro tiempo consiste en que el pensamiento de izquierda se ha refugiado en el antihumanismo mientras que el pensamiento de derecha –suponiendo que esto no es un oxímoron– ha tomado el discurso humanista, o pseudohumanista, de la “libertad” del individuo. Lo que en Sartre era inevitable –estamos condenados a ser libres–, lo que en los críticos de la modernidad era una utopía posible –el rescate del *individuo* alienado por el individualismo, desde pensamientos tan diferentes como el de Borges, Sábato y Ernesto



F. Nietzsche

Che Guevara–, en el Occidente de principios del siglo XXI es apenas un discurso conveniente a las tácticas y estrategias de dominación imperiales o de clase. Tenemos, entonces, el viejo humanismo secuestrado por las ideologías del poder y la crítica antihumanista reaccionando contra este mito impuesto. En cierta forma y medida, toda *reacción* es prisionera de la *acción* que pretende contestar. Pero este círculo vicioso no es inevitable y salirse de él significa el inicio de una liberación. Aún es posible rescatar el humanismo. Aún es posible prever la rebelión del individuo. De hecho, también las actuales reacciones conservadoras en el mundo son eso: *reacciones* ante una nueva realidad que puja por surgir. El problema es saber cuántos años, cuántas décadas llevará esta liberación, esta rebelión del individuo y si, finalmente, un día será posible o morirá antes de nacer. Con respecto a esto, soy un pesimista esperanzado.

Ahora, desde un punto de vista histórico, y al decir del filósofo español Eduardo Subirats en referencia de Hockheimer y Adorno, la cultura ha sido absorbida por los medios de producción y reproducción mecánica; la industria cultural “usurpa al sujeto su función intelectual”⁵. N. García Canclini estaría de acuerdo: la cultura popular es gestionada y conducida por los empresarios según las reglas del mercado⁶. Es decir, estamos ante la posición contraria según la cual el individuo no existe porque *no existe su pretendida libertad*. Repetir como en un rosario que *soy libre* no nos hace más libres sino todo lo contrario.

Si consideramos cómo se forman las ideologías y, probablemente, también las ideas humanas, habría más razones para ser humanista que para ser un humanista tardío. Pero si ésta fuese una verdad radical, la historia misma del pensamiento ya se hubiese detenido hace mucho tiempo. Bastaría con advertirlo para tener una buena razón para emprender una lucha quijotesca contra ese monstruo paralizante. Es decir, somos humanos no por lo que tenemos sino por lo que nos falta. Somos humanos no sólo por lo que hemos hecho en la historia sino también por lo que pretendemos hacer de nosotros mismos. Somos lo que somos no sólo por lo que somos sino también por lo que no somos y pretendemos ser.

LA LITERATURA, ESE “ALGO MÁS”

Según Terry Eagleton, considerar así como una “teoría literaria pura” es un mito académico: es una forma de ignorar la historia y las implicaciones (y las motivaciones) políticas de dicha teoría. Sin embargo, como ya lo expusimos en otro ensayo, podemos considerar cada aspecto de la experiencia existencial desde cada uno de los otros aspectos de esa misma complejidad; y si queremos evitar simplificaciones y convertir a un hombre o a una mujer en un cadáver disecado, debemos rescatarlo de la unidimensionalidad. La misma lucha es la que libra hoy la literatura. Es decir, una obra de arte puede ser entendida como una obra política, económica, religiosa, sexual, ideológica, etc. Pero si *Hamlet* fuese sólo un instrumento –producto y reproductor– de una ideología, sería un discurso político y no una obra de arte. Claro, en este punto se podría argumentar que la diferencia radica en la definición de lo que es una obra de arte. En otro momento el mismo Eagleton pareciera responder a este punto contra nuestro argumento: Shakespeare no es simplemente “gran literatura” reposando en nuestras manos, la cual la “institución literaria” (la academia, la crítica) debe descubrir. Es gran literatura *porque* la institución la ha definido como tal⁷. El razonamiento parece de hierro. Pero se quiebra bajo cierto esfuerzo. Por un lado Eagleton procura escapar a cierto esencialismo, a cierto platonismo al considerar “la gran literatura que debe ser descubierta”, como si fuese *una cosa* concreta que está debajo de una trama que el crítico puede y debe remover. Sin embargo, por otro lado cae en ese misterioso esencialismo del que pretende escapar, creando, inadvertidamente, un objeto platónico llamado “institución literaria”. Es decir, una obra de arte es una gran obra de arte no por sí misma sino porque esa institución (la crítica, la academia, la tradición) lo ha establecido así hace cuatrocientos años. Mas, ese objeto trascendente llamado “institución” tendría más de dos mil años si consideramos la literatura griega. Por la misma línea podemos recordar el razonamiento de Ernesto Sábato sobre una observación de Karl Marx, quien se asombraba del hecho de que

la tragedia griega pudiese sobrevivir cuando las condiciones económicas y sociales habían desaparecido mucho tiempo atrás. La respuesta de Sábato, aunque no libre de cierto “esencialismo” descansaba en la condición humana, es decir, en aquellos elementos “profundos” del alma humana que se prueba con la misma resistencia y sobrevivencia de Esquilo o de Homero. “El arte no sólo es expresión sino creación, y así añade algo diferente a la realidad de la que surgió”, dice Sábato. La literatura no se explica sin ese “fenómeno tan extraño que hace perdurar el arte muchísimo tiempo después que las estructuras sociales y económicas en que surgió han desaparecido por completo”⁸. El psicoanálisis estaría gustoso con este tipo de respuestas, no obstante nos sirve para responder a aquellos que pretenden reducir un texto a una única dimensión de su contexto. Cada acto humano es un acto político, es un acto religioso, es un acto económico, es un acto artístico, es un acto ideológico; pero no puede ser reducido a ninguno de sus componentes. Y lo mismo podríamos decir de los otros componentes de la complejidad humana. La estética no puede ser reducida a una ideología; no obstante, cada estética posee una dimensión ideológica al servicio de una clase social, de un género sexual, de un grupo determinado en un determinado momento. En una palabra, no hay acción humana que sea inocente, no hay obra de arte que esté libre de implicaciones metaartísticas, como no hay teoría independiente del resto de sus factores “metateóricos”: factores estéticos, políticos, económicos, ideológicos y sexuales. En *La deshumanización del arte*, Ortega y Gasset había observado que estudiar al arte por la psicología era como estudiar al cuerpo humano por la sombra que arroja. Nuestra respuesta ha sido, repetidas veces, que la literatura (o las literaturas) sólo se pueden definir por su diferencia indefinible: una obra de arte es la integración de todas las dimensiones posibles de la experiencia existencial más “algo más” que no está incluida en ninguna de esas dimensiones consideradas de forma aislada. En el caso del arte, ese “algo más” es lo que lo aproxima a la vida humana, es ese “algo más” que diferencia a un hombre de su cadáver. Si un fenómeno biológico puede ser reducido a leyes químicas, la literatura –como la vida– procede de forma inversa: *comienza a existir en el momento en que escapa a la reducción explicativa* y logra ese *algo más* inalcanzable por la razón y el análisis. Razón por la cual podemos decir que desde un punto de vista crítico, académico, no estudiamos *literatura* sino el *fenómeno social* de la literatura. La literatura es otra cosa. La literatura estará siempre en los márgenes sagrados del ser humano para humanizarlo. Pero la gran literatura –atrévamonos a juzgar categorías, digamos de una vez que no todo es oro ni todo es basura– tampoco está en los balances financieros de las grandes empresas ni en los supermercados. El consumidor es el individuo simplificado: es la no persona. Cuando estamos en presencia de literatura chatarra, de literatura para “consumidores”, estamos ante ese “algo menos” que entiende y promueve un individuo unidimensional, al servicio de un sistema metahumano, de una sociedad que todo lo cuantifica, que define el éxito por el incremento del Producto Bruto Interno.

NOTAS

- ¹ Frederic Jameson, *The prison House of Languages: A critical Account of Structuralism*, Princeton: Princeton University Press, 1972.
- ² Jacques Lacan. *Ecrits: a Selection*. London: Tavistock, 1980.
- ³ La ontología en este momento consiste en una pretendida anti-ontología; lo que, en el fondo, es una epistemología anti-metafísica, aunque siga basándose en el principio de Heráclito: la verdadera naturaleza (la verdad) gusta de ocultarse; más allá de la aparente diversidad está la unidad.
- ⁴ Man Sarup. *Post-Structuralism and Postmodernism*, Athens, The University of Georgia Press, 1993, pág.45.
- ⁵ Eduardo Subirats. *Las estrategias del espectáculo*. Murcia: Cendeac, 2005, pág. 74.
- ⁶ Néstor García Canclini. *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo, 1995, págs. 29-54.
- ⁷ "Shakespeare was not great literature laying conveniently to hand, wich literary institution then happily discovery: he is great literature because the institution constitutes him as such". Terry Eagleton, pág.176
- ⁸ Sábato, Ernesto. *Antología*. Estudio preliminar por Z. Nelly Martínez. Barcelona: Edhasa, 1978, pág.154.